

Tema 2

Módulo 1

Sección II: Monográfico sobre La Federación Rusa

Autor: Miguel Vázquez Liñán

Universidad de Sevilla

Índice

1. La propaganda de la idea nacional: el “marco de la guerra”.....	77
2. Militarismo y discurso imperial en la Rusia de Putin	78
3. Conservadurismo y uso político de la historia	82
4. Consecuencias políticas de discurso ideológico	87
5. Bibliografía.....	91

1. La propaganda de la idea nacional: el “marco de la guerra”

El 19 de septiembre de 2013, Vladímir Putin llamó la atención, en un discurso pronunciado en el foro Valdai, sobre la necesidad de contar con una “idea nacional” que consiguiese sintetizar la experiencia histórica y los valores nacionales encarnados por una Rusia a la que definió, citando al filósofo conservador Konstantín Leóntiev, como “Estado-Civilización”. Dicha idea debería servir de espina dorsal a un proyecto identitario que, partiendo del necesario patriotismo, sirviese al país para afrontar con garantías los retos y amenazas del presente. De hecho, para el presidente ruso, la ausencia de una idea nacional [en los años noventa] fundamentada en la identidad nacional favorecía a esa parte de la élite, casi colonial, que prefería robar y evadir capitales sin vincular su futuro al país en el que esos capitales se habían producido (Putin, 2013b).

Putin no perdió la oportunidad de apuntar, como había hecho y haría en otras ocasiones, algunos de los ingredientes que no debían faltar en la receta de esa “idea nacional”; entre ellos, el de una historia nacional contada “en positivo”, de la que la ciudadanía pudiese sentirse orgullosa, así como la conservación de los valores tradicionales, morales y religiosos que, en su opinión, parecen estar siendo olvidados en Occidente. Rusia, así, ha de convertirse en bastión de la tradición europea frente al multiculturalismo posmoderno (Putin, 2012) que ha llevado al continente a aceptar acríticamente la globalización liberal impuesta desde el otro lado del Atlántico.

Desde su llegada al poder, Vladímir Putin ha trabajado en la confección de un discurso identitario que, con pretensiones de ideología dominante, esté en condiciones de vertebrar la siempre compleja unidad de un país tan heterogéneo y extenso como la Federación Rusa. El resultado de este esfuerzo, a

nuestro entender, ha sido discreto en términos teóricos, pero puede presumir de cierto éxito propagandístico a la hora de construir los mínimos consensos sociales y justificar a la clase dominante. Poner en pie un sistema propagandístico eficaz ha estado siempre por encima de la discusión teórica de las ideas políticas en la Rusia de Putin. Las diferentes familias ideológicas que habitan la clase dominante (liberales, nacionalistas, comunistas de corte soviético, etc.), vinculadas por la prosecución del beneficio económico y su determinación por mantenerse en el poder, sostienen propuestas ideológicas diversas, como ocurre con una oposición maltratada y atomizada que nunca ha llevado la iniciativa política durante el largo período presidencial (y como primer ministro), de Vladímir Putin. Esas propuestas han cubierto de una fina capa de diversidad al discurso político difundido por las élites a través de los medios de comunicación, discurso éste que ha ido transformándose desde el año 2000, cuando el actual presidente llegase a la jefatura del Estado. No es nuestra intención aquí establecer una periodización, ni desplegar un exhaustivo catálogo de las denominaciones que las élites rusas han dado a sus intentos de dotar de consistencia teórica a su discurso público, sino más bien describir lo que hemos denominado “el marco de la guerra”, un filtro ideológico que interpreta la realidad partiendo de la base de que Rusia es un país en estado de guerra y, en la guerra, rigen unas normas determinadas y se modifican las prioridades, tanto políticas como éticas. Este discurso, usado intensamente por Vladímir Putin desde su llegada al poder, se ha reforzado desde las elecciones de 2012, rodeadas de una importante movilización social que fue interpretada por el Kremlin como un intento de golpe de estado promovido por los enemigos de Rusia. En efecto, el discurso presidencial perfila un país en constante peligro de desintegración, debido a una serie de amenazas, externas e internas que, en sí mismas, han pasado a ser centrales para la identidad nacional implícita en ese discurso (Rusia es, y ha sido siempre, un

país amenazado). Y este punto de partida, traducido a discurso propagandístico, ha servido para justificar buena parte de las políticas que el gobierno ruso ha puesto en marcha durante los últimos años, especialmente las que tienen que ver con la actuación internacional del gobierno, así como las políticas de corte identitario, educativo y cultural. Como se ha apuntado en el capítulo precedente, este discurso fluye por un sistema mediático diseñado para construir un determinado “sentido común”, que enmarca la discusión política y fuera del cual queda sólo la disidencia antisistema que, como tal, es perseguida y anulada (censurada) mediáticamente.

De esta forma, las autoridades rusas han ido confeccionando, ya desde mediados de los años noventa, pero con especial énfasis desde la llegada al poder de Vladímir Putin, un discurso patriótico y autoritario de pretensiones hegemónicas que se apoya, fundamentalmente, en una ética conservadora y declaradamente contrarrevolucionaria, así como en el convencimiento de que la Federación Rusa está llamada a jugar, en el mundo actual, el papel de potencia que le corresponde históricamente. Con estos mimbres se ha tejido el “marco de la guerra”, una mirada a la realidad de marcado carácter militarista que inunda los medios *mainstream* rusos. Como hemos dicho, este marco de interpretación, parcialmente heredado de los imperialismos zarista y soviético, dibuja a una Rusia rodeada de enemigos que intentan impedir, como en otros momentos de la historia, el papel de liderazgo internacional que corresponde a Moscú. El discurso resultante que circula por la industria cultural y el sistema de educación de la Federación Rusa, incluye además, una interpretación ad hoc de la historia nacional que le da consistencia y le sirve de justificación.

En las siguientes páginas nos detendremos en el análisis de los principales elementos ideológicos de este “marco de la guerra”, así como de los mensajes recurrentes que de él derivan y que circulan por los medios de comunicación en Rusia. La

difusión masiva y sistemática de esta narrativa hegemónica no es inocua, sino que deriva en una serie de implicaciones políticas, que intentaremos describir en la última parte de este capítulo.

2. Militarismo y discurso imperial en la Rusia de Putin

El seguimiento continuado de los medios *mainstream* en Rusia ofrece al espectador, desde hace ya casi dos décadas, la imagen de un país en guerra, cuya soberanía e integridad territorial están en permanente peligro. Las amenazas, según el discurso que circula por esos medios, suelen provenir de dos fuentes principales: el terrorismo yihadista con sus diversas denominaciones (Al Qaeda, Estado Islámico, Emirato del Cáucaso, etc.) y “Occidente”, encarnado en Estados Unidos, la OTAN y la Unión Europea. Por una parte, la brutalidad manifiesta de los primeros intenta socavar, mediante la barbarie, la “civilización occidental”, de la que Rusia es parte, aunque con sustanciales diferencias, ya que Rusia es, en sí misma, una civilización. Por otra parte, Occidente se convierte en amenaza ya que persigue evitar, a toda costa, que Rusia pueda desarrollarse como potencia internacional. Resulta difícil, digámoslo todo, cuestionar la existencia de dichas intenciones (los atentados terroristas en territorio ruso, por un lado, y la extensión de la OTAN y la UE hacia el Este, por el otro, podrían servir de ejemplo), pero tampoco es fácil negar el uso político que Moscú ha hecho de dichas amenazas. Los desafíos exteriores conllevan, según la mirada del Kremlin, otros de carácter interno; de hecho, el peligro en el interior suele interpretarse como una extensión de las amenazas foráneas: así, la oposición política es, a menudo, acusada de complicidad con los enemigos internacionales; en otras palabras, culpada de traición por estar “vendida a Occidente”.

La sensación de peligro constante es difundida por una sistemática propaganda del miedo (y del odio), cuya vanguardia representan una serie de presentadores televisivos de gran popularidad como Dmitri Kiselev, que conduce el informativo semanal *Vesti Nedeli* en el *Kanal Rossia* y es, además, director de la agencia oficial *Rossia Segodnia*; Vladímir Solovev, presentador del programa de discusión política *Voskresny Vêcher*, también en el *Kanal Rossia*, o Piotr Tolstoi, hasta 2016 presentador de *talk shows* políticos como *Politika* o *Vremia Pokázhet* en el *Pervy Kanal (Canal 1)*, y hoy diputado de la Duma por el partido Rusia Unida. En términos generales, la propaganda del miedo, además de recrear amenazas que inquieten a los receptores, suele proponer soluciones para superarlas; aquellas que, evidentemente, favorezcan los objetivos del emisor de dicha propaganda: *si quieres evitar el caos que representan los demás, vota por nosotros*, suelen decirnos en las campañas electorales o, *si deseas acabar con el enemigo que nos acecha, alístate en nuestro ejército porque, unidos, somos invencibles*, que es un argumento habitualmente usado en campañas de reclutamiento. El mensaje confeccionado por los propagandistas que deben elaborar la respuesta a esas amenazas suele contener las tesis militaristas más clásicas; y Moscú no es una excepción: Rusia debe reforzarse militarmente para hacer frente, con garantías, a sus enemigos. Así, el país que dibuja dicha propaganda es, ante todo, un acuartelamiento militar, un país de soldados que defienden a una patria acosada. El discurso patriótico resultante es un mensaje militarizado que apela a la ciudadanía a estar preparada para el sacrificio que implica la defensa de la patria acosada. Y en un acuartelamiento la vida discurre bajo las reglas de la guerra, lo que “explica”, parcialmente, la desproporcionada presencia de militares en la

jerarquía política, así como que los presupuestos destinados a la defensa sigan en aumento:¹ mantener una potente maquinaria de guerra pasa a ser uno de los objetivos estratégicos de Moscú. De hecho, uno de los argumentos recurrentes que podemos encontrar en el mensaje propagandístico oficial es que, si bien Rusia no ha sido históricamente una “potencia económica”, sí que ha jugado ese papel en términos militares². De esta forma, y a través del uso propagandístico del pasado nacional, se intentan desligar progreso económico e influencia política mundial: el “camino ruso” hacia el prestigio internacional es el militar.

En esta línea, la elección de la Victoria en la Gran Guerra Patriótica contra el nazismo en calidad de gran fiesta nacional de la Federación Rusa es paradigmática y coherente con una historia narrada como sucesión de victorias militares que “explican” el presente y confirman el poderío militar como rasgo identitario y fuente de la influencia internacional del país. Koposov (2011) subraya el papel del mito de la guerra que “de forma concentrada, expresa la concepción histórica del nuevo régimen” (p.164), destacando el papel de la URSS en la Victoria contra el fascismo y sustentando así la exigencia de reconocimiento histórico internacional. El mito, victimiza la historia en interés de Rusia, subrayando el precio que el país pagó por la victoria, y convierte la memoria de la guerra en la principal expresión de la experiencia de sufrimiento y violencia, en un “mito para encubrir”, que oculta la memoria de la represión (Koposov, 2011: p.164).

La interpretación que el Kremlin hace de la Victoria resume, en buena medida, los elementos característicos del marco de la guerra y añade, además, un sentido de continuidad con el presente: la guerra de nuestros abuelos es también la nuestra de hoy. Así, la Victoria “demuestra” que el pueblo ruso, unido

1 En 2016, el presupuesto militar ruso aumentó en un 5,9 % con respecto al año anterior, convirtiéndose en el tercer país con mayor gasto del mundo (69 200 millones de dólares), tras EE. UU. y China. Véase SIPRI (2017).

2 El argumento se desarrolla, por ejemplo, en la edición del 23 de abril de 2017 del programa *Voskresny Vêcher*. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=UqjjXrc8Dk0>

en torno a una gran causa (la lucha contra el fascismo), es capaz de vencer a los enemigos más temibles. La amenaza, hoy, proviene, una vez más, de Occidente, como ya ocurriese en la otra gran victoria elegida para ser conmemorada, la lograda en la guerra contra Napoleón. Y los enemigos de entonces, que siempre temieron a una Rusia unida y fuerte (el nombre del partido en el poder no es casual), siguen amenazando dicha unidad en los puntos calientes de la actualidad, como Ucrania o Siria. De hecho, la cobertura que los medios rusos *mainstream* han llevado a cabo sobre la guerra de Ucrania se ha basado, en buena medida, en este marco de interpretación, mostrando el conflicto en dicho país como una nueva batalla en la guerra entre fascistas y antifascistas.³ En un mundo inestable, donde la amenaza y las teorías de la conspiración son la norma, sólo unas Fuerzas Armadas sólidas pueden servir de parapeto y garantizar la soberanía nacional.

El militarismo implica, por añadidura, inocular en la sociedad civil valores propios de un Ejército idealizado, como el de la jerarquía, la eficacia en la gestión castrense del poder, la obediencia al superior que, en ocasiones, puede desembocar en el culto al líder. Así, la imagen idealizada del presidente es uno de los elementos que más llaman la atención al espectador foráneo de los principales canales de televisión en Rusia. En tiempos de guerra, el país debe ser guiado por un eficaz comandante en jefe, cuyas cualidades no coinciden, forzosamente, con las necesarias para dirigir el país en tiempos de paz. Vladímir Putin es ese líder, cuya eficacia, como comandante en jefe, se legitima en el campo de batalla, no en las urnas, así como en el éxito a la hora de conservar la influencia internacional y la resistencia de

la “civilización rusa” ante las amenazas de los enemigos. Putin ha sabido rentabilizar, políticamente, la reedición del discurso de “Guerra Fría” con Occidente, así como la intervención militar en los puntos calientes de ese conflicto. También aquí la Gran Guerra Patriótica sirve de inspiración y justificación de la importancia de unas Fuerzas Armadas de las que poder sentirse orgulloso. El comportamiento de los soldados caídos en Ucrania o Siria es comparado en los informativos de los grandes canales de televisión con el heroísmo desplegado por el Ejército Rojo en la Gran Guerra Patriótica.

La idealización propagandística del presidente se materializa en la abrumadora presencia de Vladímir Putin en los informativos, así como en el tono de dicha cobertura, propio del panegírico y carente de cualquier crítica al trabajo presidencial. Esta circunstancia se ha intensificado desde que, en 2012, Putin volviese a la presidencia tras unas elecciones no exentas de polémica y protesta social de la ciudadanía; los ejemplos se cuentan por ediciones de cualquier informativo del *Pervy Kanal* o el *Kanal Rossiá*, los más vistos con diferencia según todas las encuestas, pero también en documentales protagonizados por el presidente como “55”⁴, dirigido en 2007 por el cineasta Nikita Mijalkov en calidad de regalo a Putin por su 55 cumpleaños (y emitido en *prime time* por el *Kanal Rossiá*) o “Presidente”, de Vladímir Solovev, que recorre la trayectoria, en la jefatura del Estado, de Putin y que fue, además, uno de los programas más vistos en la televisión rusa en 2015, año de su producción.⁵ El presidente protagoniza, además, un programa de televisión anual de varias horas de duración, que lleva por título *Línea directa con Vladímir Putin (Priamaya Linia s Vladimirom Putinom)*, emitido

3 Ejemplo de la versión de las autoridades rusas sobre el conflicto en Ucrania es el documental *Crimea: el camino a la patria*, de Andrei Kon-drashov. Disponible en: <https://mundo.sputniknews.com/video/201504011035953579/>

4 El documental está disponible aquí: <https://www.youtube.com/watch?v=afmYJULokQc>

5 El ranking de los canales de televisión, así como de los programas más vistos durante el año 2015 puede consultarse aquí: <http://www.the-village.ru/village/business/news/246173-tv-rating>

por los principales canales del país, y en el que el presidente responde a las preguntas de los ciudadanos.

La mirada militarista, que glorifica victorias pasadas, así como jerarquías sociales y liderazgos carismáticos, forma parte de una pulsión imperial que Putin no ha inventado (era central en la Rusia zarista y en la soviética), pero sí impulsado y que comparte con otros países del mundo, principalmente con su íntimo enemigo, Estados Unidos. La vocación de potencia mundial en expansión no se disimula, aunque sí se dulcifica parcialmente con la apuesta por el multipolarismo, convertido en otro de los mantras de la propaganda rusa de los últimos tiempos, como oposición a un mundo unipolar dirigido por Washington, a quien se atribuye en exclusiva el mesianismo propio de los imperios. El 11 de septiembre de 2013, Vladímir Putin escribía en *The New York Times* un artículo titulado “A Plea for Caution”, en el que el presidente ruso se dirigía (no sólo) a los ciudadanos norteamericanos para explicar la posición de su gobierno en torno al conflicto en Siria. El texto finalizaba con una crítica a la afirmación que Obama había hecho en su (entonces) último *Address to the nation*, enfatizando el excepcionalismo americano:

Resulta extremadamente peligroso, sea cual sea la motivación, alentar a la gente a que se vean a sí mismos como excepcionales. Existen países grandes y pequeños, ricos y pobres, con larga tradición democrática y aquellos que aún están buscando su camino hacia la democracia. Las políticas de todos ellos son también diferentes. Somos todos diferentes, pero cuando buscamos las bendiciones del Señor, no hemos de olvidar que Dios nos creó a todos iguales. (Putin, 2013a)

Poco que objetar al fondo de la crítica: la propaganda del excepcionalismo, pieza básica de la propaganda imperial, entraña graves riesgos políticos. Los ejemplos inundan las bibliotecas y Washington ha hecho de ese excepcionalismo la base

no siempre reconocida de su política exterior durante décadas. Putin tiene razón, pero hay argumentos para dudar de la credibilidad de su compromiso con prácticas alternativas a las que critica, dado que la administración que preside ha promocionado insistentemente el “excepcionalismo ruso” como centro de las políticas identitarias del Kremlin. Efectivamente, las autoridades rusas, que en esto tampoco están solas, asumen una suerte de darwinismo social mal disimulado tras una mirada geopolítica que opone el *unipolarismo* al *multipolarismo*, como si de las únicas opciones de ordenación política internacional se tratase. Como afirma Golts (2005), refiriéndose al punto de vista de las autoridades rusas: “No se cuestiona que todos los países son depredadores; pero unos (los fuertes), pueden permitirse dictar su voluntad a los demás, mientras que otros (debido a su propia debilidad), no” (p.27). El coronel del FSB Vladímir Putin se siente cómodo en un discurso que subraya que los militarmente fuertes llevan las de ganar en un mundo hostil y, puestos a elegir entre ser “amados o temidos”, Putin parece optar por la conocida máxima de Maquiavelo según la cual, ya que ambos sentimientos son difíciles de conjugar, “es mucho más seguro ser temido que amado” (2006: 79). Para ello, la mejor propaganda es la de los hechos: Rusia está dispuesta a usar su ejército y así lo ha demostrado en los últimos años. De hecho, cada intervención militar fuera de su territorio se ha visto acompañada por un discurso de victoria militar en términos globales: Rusia es temida internacionalmente y eso es, por encima de cualquier otro indicador, lo que la convierte en potencia global.

Así, desde los primeros años de su gobierno, Putin ligó la reconstrucción del país a la de sus Fuerzas Armadas y apostó por las políticas de seguridad como vertebradoras de la recuperación del papel internacional de Rusia. Ya en el discurso que pronunciase tras el atentado en la escuela de la ciudad norosetia de Beslán, en 2004, el presidente ruso dejó clara la importancia de prestar atención a las políticas de seguridad:

Hemos dejado de prestar la debida atención a las cuestiones de defensa y seguridad, y hemos permitido que la corrupción infectara al sistema judicial y a las fuerzas de orden público. Además, nuestro país, que antes disponía de la defensa de fronteras exteriores más fuerte del mundo se vio, de la noche a la mañana, desprotegido tanto por el Oeste, como por el Este (...). Hay que reconocer que no hemos sabido comprender toda la complejidad y la peligrosidad de los procesos que se estaban desarrollando en nuestro propio país y en el mundo en general. (...) Hemos demostrado debilidad y a los débiles se les maltrata. (...) Lo hacen porque creen que Rusia, una de las mayores potencias nucleares del mundo, constituye todavía un peligro para alguien, y que es necesario eliminar ese peligro. Sin duda, el terrorismo no es más que un instrumento para alcanzar este objetivo. (...) El terrorismo es una agresión contra nuestro país. (Putin, 2004)

Ante el ataque, la respuesta viene dada por el rearme, la recuperación de los valores tradicionales y la apuesta por el multilateralismo en política exterior. En este último rubro, una de las influencias ideológicas que se adivina en el discurso propagandístico de las autoridades rusas es la del (neo)eurasianismo del filósofo Alexander Dugin. Dugin es profesor de la Universidad Estatal de Moscú y redactor jefe del Canal de TV *Tsargrad*, propiedad de Konstantin Malofeev⁶, empresario conocido por sus posiciones conservadoras y monárquicas, así como por su supuesto apoyo financiero a los separatistas del Donbass. Dugin sostiene la llamada “Cuarta Teoría Política” presentándola como alternativa a

la globalización atlantista y unipolar, y como apuesta decidida por el multipolarismo (léase... “multiimperialismo”). Esta “cuarta teoría”, que lo sería por suceder al liberalismo, comunismo y fascismo, viene acompañada de una filosofía política que “tiene como prioridad la sociedad tradicional; reconoce el imperativo de la modernización técnica y social (sin separarse de la cultura tradicional); y se esfuerza por adaptar su programa ideológico a la sociedad postindustrial, de la información, llamada posmodernismo” (Dugin, 2016). Influenciado por pensadores de la *Nouvelle Droite* como Alain de Benoist, las posiciones políticas de Dugin, en especial su defensa del papel de liderazgo geopolítico y civilizador que debe jugar Rusia en el continente euroasiático han gozado de cierto predicamento en el Kremlin. El propio Dugin se prodiga, si bien de forma intermitente, en los medios *mainstream* para hablar sobre el “Renacimiento de Rusia” tras la anexión de Crimea, de la “Antieuropa”, como denomina a los países europeos que formaron parte del “bloque socialista” o bien de la necesidad de que Rusia extienda su influencia internacional.⁷

3. Conservadurismo y uso político de la historia

Dugin tiene, probablemente, parte de razón. Mantener a la élite dirigente como élite dirigente parece ser la prioridad que guía la política del Kremlin, aunque ésta a menudo se presente

6 Konstantín Maloféev es el Presidente del Consejo de Administración del grupo *Tsargrad*, propietario del canal de televisión *Tsargrad TV* y fundador del fondo de inversiones *Marshall Capital Partners*. Sobre las acusaciones de haber financiado a movimientos separatistas en el Donbass, véase: http://www.bbc.com/russian/international/2015/02/150211_malofeyev_interview; <https://www.novayagazeta.ru/articles/2015/02/24/63168-171-predstavlyaetsya-pravilnym-initsiiovat-prisoedinenie-vostochnyh-oblastey-ukrainy-k-rossii-187>.

7 Véanse, por ejemplo, sus intervenciones en el programa *Politika (KanalRossia)* https://www.youtube.com/watch?v=Do96_iU_emE, la entrevista realizada por Vladímir Pózner en el *PervyKanal*: <https://www.youtube.com/watch?v=OLCbiGRWABI>, así como el programa que dirige y presenta en *Tsargrad TV*: <http://tsargrad.tv/shows/rubric/direktiva-dugina>

envuelta en eslóganes patrióticos, con el objeto de ganarse el respeto de la ciudadanía hacia el “poder”, sea éste el que sea, por el mero hecho de estar en la cúspide de la jerarquía. A partir de ahí, entre quienes rodean al presidente encontramos una cierta variedad ideológica que incluye a liberales de derechas, militares (*siloviki*) que se encontrarían cómodos en una dictadura de corte pinochetista, nacionalistas (republicanos y monárquicos), así como nostálgicos de la Unión Soviética de diverso pelaje ideológico.

En noviembre de 2009 se reunía el XI Congreso del partido Rusia Unida en San Petersburgo, con el objeto de aprobar un documento programático que fijase la ideología de la organización, etiquetada entonces con el nombre de “conservadurismo ruso”. El texto resultante, titulado “Rusia: conservar y mejorar”⁸ recoge, en buena medida, el tono político de los años de presidencia de Dmitri Medvédev (2008-2012), que se esforzó por combinar la retórica conservadora e imperial con un discurso modernizador que subrayaba la importancia de las nuevas tecnologías, la lucha contra la corrupción y el dinamismo empresarial como motor de la nación.⁹ No era la primera vez (ni sería la última), que el partido se esforzaba en poner un poco de “orden ideológico” en sus filas. Con anterioridad, el partido había puesto en marcha plataformas de discusión política y desarrollo de las propuestas

de la organización.¹⁰ Dichas plataformas, que fueron relanzadas en 2017, se ordenan en torno a las principales familias “ideológicas” y prioridades de acción en el seno del partido: la liberal, la plataforma de políticas sociales, la patriótica y la empresarial.

A menudo, los textos que desarrollan las tesis conservadoras¹¹ defienden, como ya hemos dicho, el papel de Rusia como gran potencia político-militar en un mundo global (“Rusia es el único país capaz de convertir a Estados Unidos en ceniza radioactiva”, afirmó Dmitri Kiselev en uno de sus programas)¹², la educación patriótica sustentada en una historia nacional repleta de héroes y victorias militares, la preservación y difusión (nacional e internacional) de la cultura y las tradiciones rusas (el llamado “Mundo Ruso” o *Russki Mir*), así como de una moralidad conservadora encarnada en valores espirituales difundidos por la Iglesia Ortodoxa y la defensa de un modelo tradicional de familia y sexualidad. Nada nuevo bajo el sol, por lo tanto: se trata de una fórmula ensayada una y otra vez a lo largo de la historia. Y como también ha ocurrido en otros momentos y latitudes, estos “valores”, entendidos como axiomas, se convierten con frecuencia en criterios de censura (y argumento para la represión) de lo representado como su contrario. Así, se ponen en funcionamiento comisiones para garantizar la “pureza” de los manuales de historia,¹³ se tacha de “agente extranjero” a

8 El documento puede consultarse aquí: <https://bashkortostan.er.ru/party/ProgrammnyjdokumentPartii/>.

9 Véase Medvedev (2009).

10 En 2005 se puso en marcha el Club 4 de Noviembre, para la confección de un programa liberal-conservador (hoy integrado en la Plataforma Liberal del partido, véase: <http://www.liberalplatform.org/>), el Centro de Políticas Social-Conservadoras (<http://www.cscp.ru/>), para la discusión de las políticas sobre modernización, el Club Patriótico Estatal, dedicado a la promoción de la unidad nacional y el patriotismo, el Club Liberal, para la discusión del nuevo conservadurismo ruso y la Plataforma Empresarial (<http://pp.er.ru/>), dedicada a facilitar las relaciones del mundo de los negocios con la administración y realizar propuestas para la políticas empresariales del partido.

11 Una interesante selección puede consultarse aquí: <http://www.cscp.ru/rcons/10000299/>

12 Disponible en: <http://www.vesti.ru/doc.html?id=2816127>

13 Como, por ejemplo, la “Comisión para combatir la falsificación de la historia en detrimento de los intereses de Rusia”, que vio la luz en mayo de 2009, durante las celebraciones del sesenta aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial.

quien no comparta la mirada hegemónica a la historia nacional y se castiga con dureza a quienes, como en el caso del grupo *PussyRiot*, simbolizan la antítesis de los “valores tradicionales” que se quieren preservar. Rusia pasa a ser, así, la fortaleza en la que se conservan los valores que, según esta mirada, alguna vez fueron centrales para la civilización europea:

Vemos como muchos países euroatlánticos han elegido el camino que pasa por la renuncia a sus raíces, incluyendo a los valores cristianos que son la base de la civilización occidental. Reniegan de los principios morales y de cualquier identidad tradicional, sea ésta nacional, cultural, religiosa o incluso sexual. Se lleva a cabo una política que pone al mismo nivel una familia numerosa y una pareja del mismo sexo, o la fe en Dios y la fe en Satanás. (Putin, 2013)

Como ya hemos apuntado, el uso propagandístico del pasado con el objeto de justificar las políticas del presente y dotarlas de sentido histórico forma parte central del proyecto ideológico del Kremlin. Dicha mirada al pasado, además de difundirse por el sistema de medios de comunicación, a través de los formatos más variados, se concreta en los manuales de historia de la escuela obligatoria, cuyos contenidos son discutidos en las más altas esferas del poder.¹⁴ El propio Putin (en *Ria Novosti*, 2013) se ha involucrado personalmente en el proceso de elaboración de los manuales en varias ocasiones, poniendo de manifiesto la importancia de que los libros de texto no contengan contradicciones internas ni posibles dobles lecturas. La construcción de un discurso histórico sin contradicciones ni dobles interpretaciones encaja difícilmente con la narración de la complejidad inherente a la vida en sociedad,

pasada y presente, pero sí coincide con la idea de unidad que preside la ideología nacional promovida por el Kremlin. Se trata, así, de un discurso que subraya la “unidad nacional”, que explique linealmente por qué Rusia ha sido, es y será una e indivisible, con un proyecto común imbuido de una lógica histórica interna que le da sentido y en el que se ensamblan a la perfección las políticas del gobierno actual. Unidad, unidad y unidad ante la permanente (a lo largo de la Historia) amenaza de enemigos, internos y externos que intentan acabar con la “civilización rusa” o, lo que es lo mismo, con sus valores. El propio partido Rusia Unida define así, en uno de sus proyectos, lo que entiende por “Memoria Histórica”:

Resurrección cultural, moral y espiritual de Rusia. Fortalecimiento de la estatalidad de Rusia (*gosudarstvennosti*), educación y desarrollo del sentimiento patriótico, unidad del pueblo ruso y concordia multiétnica. Conservación del entorno cultural, moral y espiritual, de los valores tradicionales rusos. Reconstrucción de templos fundados en honor de acontecimientos históricos de importancia y aniversarios que, además de las funciones religiosas, sirvieron para la glorificación del Estado Ruso.¹⁵

La unidad de acción de la jerarquía ortodoxa y el Estado ha sido objetivo político en Rusia desde las reformas de Pedro I y que, tras el paréntesis soviético, se traduce en la llamada al patriotismo de los cristianos en sermones y documentos oficiales, como el titulado “Bases de la Concepción Social de la Iglesia Ortodoxa de Rusia”:

Los cristianos ortodoxos, conscientes de ser ciudadanos de la patria celestial, no deben olvidar su patria terrenal (...) El patriotismo del cristiano ortodoxo debe ser activo,

14 Sobre la discusión en torno a los libros de texto de Historia, véanse: Zagalovki (2013), ITAR-TASS (2013), Pervy Kanal (2013). La organización Memorial ha puesto en marcha un interesante proyecto denominado “UrokiIstorii” (lecciones de Historia), desde el que se ha analiza con detalle el contenido de los libros de texto de historia de Rusia. Véase: <http://urokiistorii.ru/>.

15 Véase: <https://er.ru/projects/istoricheskaya-pamyat/>. El proyecto lo coordina el presidente de la Duma, y miembro de Rusia Unida, Serguei Naryshkin.

y se manifiesta cuando defiende a su patria frente al enemigo, trabaja por el bien de la misma o se preocupa por la vida en orden de la gente, por ejemplo, a través de su participación en los asuntos de gobierno. El cristiano está llamado a preservar y desarrollar la conciencia ciudadana y la cultura nacional. Cuando una nación, civil o étnica, está constituida, por completo o predominantemente, por una comunidad monoconfesional ortodoxa, puede considerarse, en cierto sentido, una comunidad de fe, una nación ortodoxa (Iglesia Ortodoxa Rusa, 2008).

A ojos de la jerarquía eclesiástica, Rusia es una “potencia ortodoxa” y los fieles tienen una serie de deberes patrióticos para con una “Madre Patria” que, también en los medios de comunicación vinculados a la Iglesia, es representada sistemáticamente como un país en guerra. La Iglesia, además de una fuerte presencia en el sistema educativo, mantiene numerosos acuerdos con el Ejército que se traducen en la construcción de capillas en los cuarteles, la creación de clubs patrióticos militares y ortodoxos, así como en su labor conmemorativa de los “mártires” caídos en combate. (Rousselet, 2015)

La Iglesia Ortodoxa es, por añadidura, un importante actor en la configuración de la política histórica de la Federación Rusa. Aunque en más de una ocasión la jerarquía ha condenado al ateísmo soviético y la represión estalinista, así como canonizado a Nicolás II y su familia, la Iglesia participa también de las fiestas que conmemoran la Victoria en la Segunda Guerra Mundial y ha sido esencial en la difusión de un “discurso sobre la moralidad que, a menudo, insiste en su continuidad con el *ethos* soviético” (Rousselet, 2015: 59). Así, la jerarquía asume que parte de los valores conservadores y contrarrevolucionarios de la “Santa Rusia”, encarnados por el régimen zarista, permanecieron

parcialmente en los códigos morales soviéticos. Esta mirada al pasado ha generado discursos, aparentemente contradictorios, que subrayan la continuidad del período soviético con su predecesor, tanto en términos de un autoritarismo entendido como beneficioso y acorde a la tradición (el pueblo ruso necesita de *mano dura*)¹⁶, como en el conservadurismo moral presente en algunos códigos éticos, asumido en algunos textos de la Iglesia Ortodoxa como expresión del *alma rusa* (*riússkaya dushá*), concepto que pretende aglutinar el conjunto de valores propios del pueblo ruso. Esta conexión, a la que algunos han denominado, con diferentes niveles de ironía, el “Estalinismo ortodoxo” (Desnitski, 2015), es manifiesta entre el ala más conservadora de los nostálgicos de la URSS y toma formas diversas como el denominado “Estalinismo místico”, que Alexander Projánov (2015) defiende desde las páginas del diario *Zavtra*, que él mismo dirige y cuyos seguidores no ven contradicción alguna en acudir a las manifestaciones del primero de mayo con un retrato de Stalin en una mano y un icono ortodoxo en la otra.

La fe en el poder autoritario de un Estado militarista y conservador con pretensiones imperiales une a jefes de la Iglesia, estalinistas y defensores actuales de la “Gran Rusia” (*Velikaya Rossiá*), como el propio presidente Putin, en el llamado “Bloque patriótico”, del que participan grupos de muy diverso pelaje, que van desde la ultraderecha a nacionalistas o estalinistas, pasando por euroasiáticos, organizaciones militares o de veteranos y todos los partidos representados en la Duma (Rusia Unida, el Partido Comunista, el Partido Liberal Democrático y Rusia Justa).

El proyecto del neoconservadurismo ruso, promocionado desde el Kremlin, a diferencia de otros a los que utiliza como aliados “patrióticos” en ocasiones concretas (es el caso, por ejemplo, del Partido Comunista de la Federación Rusa), no pone en

16 En una encuesta de noviembre de 2015, a la pregunta, ¿hay situaciones en la vida de un país, en las que el pueblo necesita de un gobernante fuerte y autoritario, de una “mano dura”? el 32 % de los encuestados respondieron que Rusia necesita siempre mano dura en el gobierno, y el 39 % contestó que en determinadas circunstancias es necesario (Levada Center, 2016: 47).

duda el capitalismo y hace suyo, parcialmente, el conservadurismo de tradición europea, preocupado por la unidad nacional y el orden moral “correcto”. Dicho proyecto toma cuerpo teórico en publicaciones como *Rossiski Konservator*, editada por Rusia Unida y dirigida por Igor Demin, en los materiales producidos por el Centro de Políticas Social-Conservadoras, así como en los textos de autores vinculados al partido como Yuri Shuválov o “intelectuales” recuperados para la causa como el director de cine Nikita Mijalkov. Esencial es, además, para la difusión del mensaje conservador, la recurrente alusión del presidente ruso a los fundamentos de la identidad nacional rusa y a su anclaje en la historia del país. Putin incide con frecuencia en la necesidad de mantener la unidad (y coherencia) del discurso sobre la historia nacional, lo que se refleja en políticas concretas como la propuesta de un único manual de historia para la educación obligatoria. En sus propias palabras, la política cultural de la Federación Rusa debería “servir para moldear a todos los niveles, desde los libros de texto hasta los documentales históricos, esta visión de la unidad del proceso histórico” (Putin, 2012). Preservar la unidad del Estado-Civilización ante los enemigos debe ser el objetivo principal de las autoridades. Y la historia es, ante todo, un discurso identitario para la unidad, de ahí que la narrativa hegemónica del pasado nacional deba estar “libre de contradicciones”, y es deber de las autoridades “reconstruir la integridad del tejido histórico” (Putin, 2013).

En esta línea, los conservadores rusos establecen un recorrido histórico lineal que va de la “Santa Rusia” la “Gran Rusia” (Mijalkov, 2010), entendiendo el período soviético como una anomalía en el curso *natural* de la historia del país que, según esta visión, giraría en torno a la troika “Zar, Iglesia Ortodoxa y Estatismo (*Gosudarstvennost*)” o, en otras palabras, autoritarismo, jerarquía y unidad del Estado sancionados moralmente por la Iglesia, una combinación de ideas heredada parcialmente del nacionalismo ruso decimonónico. El legado autoritario y el paternalismo de la URSS son asumidos por algunos conservadores, así

como el papel de potencia mundial; sin embargo, el comunismo es condenado en tanto ideología revolucionaria “extranjera”, importada de Europa y, por ello, contraria a los valores tradicionales rusos. El camino revolucionario sería, según esta mirada, extraña a un pueblo ruso cuya querencia histórica a la estabilidad social es argumentada rescatando conceptos “patrios” del XIX como el de *pochvennichestvo*, corriente literario-filosófica que, entre sus propuestas políticas incluía la idea de que el cambio social debe desarrollarse paulatinamente y buscando el camino en la historia y tradición nacionales, en vez de en experiencias o teorías importadas y de carácter revolucionario como el liberalismo o el marxismo. En esta línea, Nikita Mijalkov, en su “Manifiesto del Conservadurismo Ilustrado”, en el que el cineasta pretende definir la *misión* de Rusia en el mundo actual, dibuja un estado paternalista idealizado, fuerte y vertical en la toma de decisiones. Mijalkov, haciendo suya una de las máximas de los neoconservadores, asume el conservadurismo como “esencia” de la tradición rusa emanada de las élites y, *por ello*, abiertamente positivo para el país. Por su parte, según Mijalkov, las revoluciones, liberales u obreras, fruto de radicales influidos por ideas extrañas a la tradición rusa, han llevado siempre al país a un destructivo caos:

La historia nacional y universal nos enseña que las más importantes reformas modernizadoras han tenido éxito sólo cuando eran promovidas por estadistas o personalidades públicas y religiosas rusas de orientación centrista y de conservadurismo ilustrado. En cuanto a la ‘ruina en el país y en las mentes’, que tanto sufrimiento, penas y desdichas ha traído a Rusia, ha sido y sigue siendo obra de los predicadores del progreso radical y los exaltados líderes de revoluciones democrático-burguesas y proletarias. (2010)

Rusia es, en sí misma, una civilización, una alternativa al comunismo, al liberalismo occidental, entendido como *antinatural* (Mosolikov, 2011), y cuyo fracaso moral amenaza con extenderse globalmente. Ante esa amenaza es necesario defenderse

y, en este marco, se entiende el conservadurismo como “ideología nacional”, confeccionada a la contra y a la defensiva, construida como oposición al “otro” occidental; que explota la cultura del miedo a un nuevo intento del enemigo externo por acabar con la civilización rusa. Así visto, Moscú se transforma en el baluarte conservador que durante siglos se ha interpuesto en el camino de la revolución europea y el liberalismo:

Rusia es el centro y el principal puesto avanzado del conservadurismo europeo (...). El conservadurismo europeo se está muriendo y Rusia es el último país de Europa, donde los valores del conservadurismo siguen teniendo un papel de enorme importancia. Es por eso que la Europa liberal y revolucionaria lleva tres siglos “temiendo y odiando” a Rusia. El mundo occidental entiende perfectamente que si cae ese “baluarte conservador”, el triunfo del liberalismo y de la globalización se haría ineludible (...). La Europa actual y Rusia nunca podrían ser aliados: el liberalismo europeo y el conservadurismo ruso son dos ideologías opuestas e irreconciliables. Probablemente nosotros seríamos esa “única potencia europea conservadora” que pueda mostrar a Europa el camino correcto por el que ésta consiga conservar su idiosincrasia cultural en vez de verla diluirse sin dejar rastro en la vorágine de la globalización. (Mosolikov, 2011)

Desde esta perspectiva, Shuválov (2011) destaca dos logros fundamentales y relacionados en las últimas dos décadas de la historia rusa: por un lado, “la construcción de la democracia en Rusia, la intensificación de la memoria histórica de la sociedad rusa y un giro conservador en los valores de la ciudadanía”. Dicho “giro conservador”, mantiene Shuvalov (2011), “no es una elección arbitraria de la élite política. Es la tendencia dominante en los valores y la ideología de la sociedad rusa”. Esta tendencia “natural”, que prefiere la tradición a la libertad (Mosolikov, 2011), en armonía con el desarrollo histórico en Rusia surge, según esta versión, del pueblo, aunque es liderado por *Rusia Unida*, erigido en el catalizador autorizado de estas tendencias populares.

4. Consecuencias políticas de discurso ideológico

El discurso importa, y mucho, en términos políticos. Que la ciudadanía de la Federación Rusa haya recibido, de forma continuada (aunque con intensidad diversa según el momento) y a través de los medios *mainstream* un discurso que dibuja a una nación acorralada, rodeada de enemigos que pretenden humillarla, y que insiste en la necesidad de pertrecharse militar y psicológicamente para una guerra siempre inminente, no puede tener consecuencias políticas. Como ya hemos apuntado en páginas anteriores, estas circunstancias no se dan sólo en Rusia, ni mucho menos constituyen una novedad en la historia de ese país; pero la presidencia de Putin, especialmente desde 2012, ha servido para consolidar el “marco de la guerra” con un objetivo político, a nuestro entender, prioritario: mantener el *statu quo*. Así, más allá del baile terminológico al que las autoridades rusas nos tienen acostumbrados cuando pretenden definir la “idea nacional”, lo que se ha mantenido contra viento y marea es una apuesta por el autoritarismo, militarista e imperial, con ciertas concesiones en lo social y el indiscutible liderazgo de Vladímir Putin que, con los años, se ha convertido en un ágil y experimentado político que se mueve con destreza en un escenario diseñado a su medida.

Interiorizar la guerra inminente lleva a menudo a tolerar, con menor resistencia o incluso con entusiasmo patriótico, no sólo un desproporcionado gasto militar o el sacrificio “necesario” de algunos derechos y libertades fundamentales, sino la militarización de la sociedad a través de la extrapolación de los valores propios del Ejército al conjunto de la sociedad. Mijalkov, en su largometraje *El barbero de Siberia*, exalta sin ambages el sentimiento de camaradería “propia” del Ejército, pero también la jerarquía y la obediencia al jefe como fundamento, no sólo

de la eficiencia en batalla, sino incluso de una vida espiritual más plena para quienes la aceptan en su vida cotidiana. La promoción de la jerarquía militar más allá de los cuarteles tiene mal encaje con el desarrollo de sistemas políticos igualitarios y participativos, y ofrece argumentos para desconfiar del sistema de partidos, el parlamentarismo o la democracia, en favor de la opinión de líderes carismáticos.

Por otro lado, el discurso oficial sobre el pasado relaciona, frecuentemente, tradición, paz social y estabilidad política, apoyándose en una mirada a la historia nacional que “demuestra” lo natural e “intrínsecamente ruso” de la obediencia a la autoridad, así como la ancestral oposición al desorden social y las revueltas populares: “Nuestra sensibilidad histórica se caracteriza por el respeto a la autoridad, el poder del Estado, el orden público y por el rechazo al caos de las revueltas rusas ‘sin rumbo y sin piedad’”. (Mijalkov, 2010). El pueblo ruso confiaría, así, en la jerarquía del Estado y en su criterio, y no en sistemas representativos o participativos importados de Occidente. Las propuestas autoritarias resultan más fáciles de justificar si la ciudadanía siente la responsabilidad de reproducir aquellos pasajes históricos de gloria nacional que, con insistencia, les son recordados a través de los medios, y que siempre coinciden con victorias militares o de unidad en torno al autócrata ante la amenaza externa. Dicho de otro modo: si me siento orgulloso heredero de prácticas autoritarias del pasado, seré mucho más receptivo a políticas de ese signo en el presente.

La guerra impone sus lógicas, que llevan consigo una “normalidad” diferente, una nueva cotidianeidad que incluye,

como apuntábamos, el sacrificio de ciertos derechos y libertades en favor de la seguridad y la unidad nacional. En tiempos de guerra, por ejemplo, la censura no se discute; el secreto, y no la transparencia, se convierte en la norma, mientras se justifica la desinformación como recurso al que es legítimo acudir para no dar ventajas al adversario. Al enemigo, ni agua: el “marco de la guerra” justifica la represión a la disidencia: la oposición a la línea política marcada desde la jefatura de la vertical del poder es inaceptable cuando la seguridad nacional está en juego. Disentir es fortalecer al enemigo: la guerra es la guerra.

En este contexto se comprende mejor la ley aprobada en julio de 2012 que obliga a registrarse como “agentes extranjeros” a las organizaciones no gubernamentales consideradas, difusamente, como “políticas” y que reciban financiación internacional.¹⁷ Las organizaciones incluidas en esta categoría están obligadas a presentarse como “agentes extranjeros” y a hacer constar esta característica en sus actividades y publicaciones. Si bien el objetivo declarado de la Ley es reducir la influencia, en la política nacional, de gobiernos o actores extranjeros, lo cierto es que su aplicación complica aún más el trabajo de organizaciones críticas con las políticas oficiales que, por este motivo, enfrentan serias dificultades para encontrar financiación dentro de la Federación Rusa. Por si fuera poco, la denominación “agente extranjero” evoca a los espías de la Guerra Fría con lo que, simbólicamente, supone el sambenito de quintacolumnista para las asociaciones que figuran en el registro; es el caso de organizaciones que como *Memorial*, dedicada a la recuperación de la memoria histórica y la defensa de los derechos humanos o

17 Si atendemos a algunos sondeos, parecería que la campaña gubernamental ha tenido cierto éxito. Una encuesta llevada a cabo por el Centro Ruso de Investigaciones sobre la Opinión Pública en julio de 2012 concluye que “en términos generales, la ‘Ley sobre agentes internacionales’ es recibida por la sociedad como un instrumento imprescindible en defensa del intervencionismo extranjero en los asuntos de Rusia (67 %), y no como un intento del poder para debilitar a la oposición (16 %)”. Véase: <http://wciom.ru/index.php?id=236&uid=112935>. Por su parte, el Levada Center, en una consulta de noviembre de 2013, da a entender que buena parte de los ciudadanos no tiene muy formada su opinión al respecto: un 35 % están a favor de la Ley, un 8 % en contra y el 57 % tiene problemas para contestar. Véase: <http://www.levada.ru/2013/11/25/repressivnye-zakony-ne-vyzyvayut-u-rossiyan-vozmushheniya/>.

el Centro Levada, de estudios sobre la opinión pública, se han visto afectados por la ley.¹⁸

No es extraño que organizaciones de este tipo sean vistas con desconfianza por el Kremlin. Como ya hemos indicado, el “marco de la guerra” y las propuestas políticas de las élites rusas necesitan de una narración *ad hoc* de la historia nacional que las dote de “sentido histórico”. Tampoco esa narrativa es inocua en términos políticos; la memoria histórica contiene, entre muchos otros elementos, una propuesta política que bebe del pasado mientras mira al presente-futuro. Como defiende Todorov (2000), la memoria puede ser “ejemplar”, convertirse en un proyecto ético-político que nos permita actuar en el presente para construir un determinado futuro. A diferentes proyectos políticos corresponderán, de esta forma, diversas formas de mirar al pasado: la batalla por la historia es, desde este punto de vista, difícilmente evitable. La propaganda de la memoria hegemónica ayuda a la construcción de un imaginario, habitualmente ideado para servir a las políticas del presente, aunque produce también recepciones negociadas que pueden dar lugar a memorias resistentes, memorias a la “contra” y también a la creativa construcción de memorias alternativas, alejadas en su gestación, método y objetivos de la memoria promocionada desde el Kremlin.

Así, el discurso oficial, que fluye por un sistema de medios mayoritariamente dócil, intenta contentar a quienes se sienten mejor pensando en sí mismos como un pueblo espiritualmente superior a Occidente, incomprendido y acosado, con una misión histórica que cumplir que exige sacrificios (la historia de esos sacrificios es parte esencial del discurso histórico promovido por el Kremlin), pero que merece la pena en aras de un objetivo elevado y compartido con generaciones anteriores, especialmente la que luchó en la Segunda Guerra Mundial. De nuevo, si

comparto que mi país tiene una misión histórica que cumplir, y que dicho papel implica sacrificios, es posible que sea más indulgente ante medidas que limiten derechos y libertades o frente aquellas que vayan en detrimento de mi bienestar material.

La promoción del pasado implícito en los textos neoconservadores tiene claras implicaciones políticas que comienzan con la delimitación de lo políticamente *normal*; entendido como lo que conserva la armonía con el proyecto histórico de la civilización rusa y lo *anormal*, que contraría dicho proyecto y, por lo tanto, no cabe en el ecosistema político de la Federación Rusa: dentro de él, se desarrolla la competencia de ideas; fuera de él, no hay nada más que el adversario:

“Creo que la siguiente etapa en el desarrollo de la democracia rusa (y, al mismo tiempo, nuestro objetivo para la próxima década) sería la conformación de un abanico de partidos de derecha e izquierda en nuestro país de acuerdo con los principios del conservadurismo ruso, es decir en beneficio de la mayoría.” (Shuválov, 2011)

Esto es: pluralismo, sí; diversidad, también, pero sin salirse del marco del conservadurismo. El empobrecimiento de la vida política generado por un planteamiento como éste es evidente. En palabras de García Canclini, “la conmemoración del pasado ‘legítimo’, el que corresponde a la ‘esencia nacional’, a la moral, la religión y la familia, pasa a ser una actividad preponderante. Participar en la vida social es cumplir con un sistema de prácticas ritualizadas que dejan fuera ‘lo extranjero’, lo que desafía el orden consagrado o promueve el escepticismo” (p.113). Este reduccionismo radical de la esfera pública que encorseta, enmarcándolo, el debate político, dificulta la aparición de movimientos sociales que promuevan otras propuestas de cambio

18 Memorial se unió, en 2013, a un grupo de ONG que redactaron una reclamación al Tribunal de Estrasburgo en relación a la Ley. Véase: <http://memo.ru/d/146913.html>.

social y reduce las posibilidades de participación ciudadana. Sin la difusión de proyectos alternativos es difícil pensar en cambios estructurales de futuro. La legislación que acompaña al proyecto político del Kremlin incluye, además de la censura de las organizaciones que pudiesen abanderar dichas alternativas, normas que pretenden conservar la “moralidad tradicional”. Y en este marco se incluyen leyes como “Sobre la propaganda entre los menores de formas no tradicionales de relaciones sexuales” o la que despenaliza parcialmente la violencia doméstica,¹⁹ ambas promovidas por la diputada Elena Mizúlina, del Comité para los Asuntos de la Familia, la Mujer y la Infancia y conocida por sus posiciones conservadoras en lo que se refiere a los “estilos de vida”. Al mismo tiempo, un discurso histórico que legitima ese modelo de sociedad, así como la jerarquía social existente (entendida como justa, natural, ajustada a las tradiciones rusas), permite a cierta parte de la población manifestar, paralelamente, estar orgulloso de ser parte de un sistema político como el ruso y asumir, e incluso legitimar, que su participación en la política del país es (y es normal que así sea) prácticamente nula.²⁰

El discurso político fomentado desde el Kremlin en la Rusia actual tiene, a nuestro entender, la intención de reducir las posibilidades de cambio social en el país y conservar, como se ha

dicho, el orden de cosas existente. Este afán de conservación (materializado ideológicamente en el neoconservadurismo) se sustenta en el selectivo rescate de determinados períodos del pasado nacional, interpretados como de gran estabilidad política y, *por lo tanto*, de prosperidad y paz social. De esta forma, las élites actuales se presentan a sí mismas como herederas de aquellas que lideraron dichos períodos y garantes del mantenimiento de los valores y tradiciones que componen la « visión tradicional rusa » de mundo; visión que, como hemos visto, suele contraponerse al « imaginario occidental ». Para ello, se ha confeccionado y promocionado un discurso que defiende el carácter « intrínsecamente ruso » de prácticas políticas como el autoritarismo, incluido en el ramillete de valores que deben ser conservados como tradición propia, lo que ayuda a que dichas prácticas autoritarias sean aceptadas de mejor grado en la actualidad.

El impacto de este discurso en la ciudadanía se ve multiplicado por la propia naturaleza del sistema de medios de comunicación por el que fluye, muy concentrado en torno a las élites y que suele cerrarse en banda ante la posibilidad de difundir discursos alternativos. Si los ciudadanos no pueden acceder con facilidad a narrativas diferentes que construyan otros imaginarios, el cambio social se antoja complicado en la Federación Rusa.

19 El texto completo de la ley puede consultarse aquí: <https://rg.ru/2017/02/10/8-FZ-dok.html>

20 Una encuesta realizada por el Centro Levada en octubre de 2013 arroja resultados interesantes a este respecto: a la pregunta, ¿se siente usted orgulloso de vivir en Rusia?, el 70 % de los encuestados respondieron “Claramente sí o probablemente sí” (y es la cifra más baja desde 2006), mientras que el 22 % respondió “Claramente no o probablemente no”. Al mismo tiempo, a la pregunta, ¿cree usted que ejerce algún tipo de influencia en la vida política y económica del país?, el 17 % respondió “Claramente sí o probablemente sí” (y es la cifra más alta desde 2006), mientras que el 78 % contestó “Claramente no o probablemente no” (Levada Center, 2013).

5. Bibliografía

- Desnitski, A. (2015). “Pravoslavny Stalinizm: pochemu v RPTS polubili Stalina” en Carnegie Moscow Center. Disponible en: <http://carnegie.ru/commentary/?fa=62352>
- Duguin, A. (2016) “La idea de Eurasia. El eurasianismo como camino hacia una multipolaridad real”. Disponible en: <http://katehon.com/es/article/la-idea-de-eurasia-el-eurasianismo-como-camino-hacia-una-multipolaridad-real>
- García Canclini, N. (1990). Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad. México DF: Grijalbo.
- Golts (2005). Rossiiskii militarizm, prepyastvie modernizatsii strany. Moscú: Fond Liberalnaya Missia.
- Huyssen, Andreas (2003). Present Pasts: Urban Palimpsests and the Politics of Memory. Stanford: Stanford University Press.
- Iglesia Ortodoxa Rusa (2008). “The Basis of the Social Concept”. Disponible en: <https://mospat.ru/en/documents/social-concepts/>
- ITAR-TASS (2013). “Vyskazy vaniya o kotseptsi inovo goucheb nika istorii”. Disponible en: <http://itar-tass.com/spravochnaya-informaciya/754201>
- Koposov, N. (2011). Pamiat strogogo rezhima. Istoriya y politika v Rosii. Moskva: Novoe Literaturny Obozrenie.
- Levada Center (2013). “Rossiyane o gordosti i svobode”. Disponible en: <http://www.levada.ru/21-11-2013/rossiyane-o-gordosti-i-svobode>
- Levada Center (2016). Obschesvennoe mnenie – 2015. Moscú: Levada Center.
- Maquiavelo, N. (2006). El Príncipe. Caracas: Los Libros de El Nacional.
- Medvédev, D. (2009). “Rossiya V period”, en Rossiiskaya Gazeta. Disponible en: <http://www.kremlin.ru/news/5413>
- Mijalkov, N. (2010). “Manifest Prosveschennogo Konservatizma”, en Polit.ru. Disponible en: <http://polit.ru/article/2010/10/26/manifest/>
- Mosolikov, S. (2011). “Konservativnaya missia Rossii”, en Rossiski Konservator, 13 de octubre. Disponible en: <http://rusconservator.livejournal.com/22671.html>
- Pervy Kanal (2013). “Kontseptsiya prepodavaniya otechestvennoi istorii uzhe zavtrabudet predstavlena Prezidentu. Disponible en: <http://www.1tv.ru/news/social/245111>
- Projánov, A. (2015). “Misticheski Stalinizm”, en Zavtra. Disponible en: <http://zavtra.ru/blogs/misticheskij-stalinizm->
- Putin, V. (2004). “Obraschenie presidenta Rossii Vladimira Putina”. Disponible en: <http://www.special.kremlin.ru/events/president/transcripts/22589>
- Putin, V. (2012). “Natsionalny Vopros”, en Nezavisimaya Gazeta, 23 de enero. www.ng.ru/politics/2012-01-23/1_national.html

- Putin, V. (2013a). “A Plea for Caution”, en The New York Times, 11 de septiembre. http://www.nytimes.com/2013/09/12/opinion/putin-plea-for-caution-from-russia-on-syria.html?_r=0
- Putin, V. (2013b). “Zasedanie mezhdunarodnogo diskussionnogo kluba ‘Valdai’”. Disponible en: <http://kremlin.ru/events/president/news/19243>
- Ria Novosti (2013). “Putin: nuzhny novye uchebniki po istorii bezdvojnogo tolkovaniya”, en Ria.ru, 19 de febrero. <http://ria.ru/society/20130219/923705535.html>
- Rousselet, K. (2015). “The Church in the Service of the Fatherland”, en Europe-Asia Studies, Volume 67 (1), pp. 49-67.
- Shuválov, Yuri (2011). “Novy etap razvitiya rossiiskoi demokratii”, en RossiskiKonservator, 22 de marzo.
- SIPRI (2017). “World military spending: Increases in the USA and Europe, decreases in oil-exporting countries”. Disponible en: <https://www.sipri.org/media/press-release/2017/world-military-spending-increases-usa-and-europe>
- Todorov, T. (2013 [1995]) Los abusos de la memoria. Barcelona: Paidós.
- Vázquez-Liñán, M. (2012) «Modernization and Historical Memory in Russia: Two Sides of the Same Coin », en Problems of Post-Communism, 59 (6), pp. 15-26.
- Zagalovki (2013). “Novy uchebnik rossiiskoi istorii ne rasskazhet shkolnikam o Khodorkovskomi Berezovskom”, en Zagalovki, 31 de octubre. <http://www.zagalovki.ru/daytheme/uchebnik/31Oct2013> (02/11/2014)